

# Las cartas de Jamaica y la segunda guerra de independencia bolivariana

*Escuela Zaratustra II*



*Comentarios a las vidas y obras de Simón Bolívar y Friedrich Nietzsche.*

**Sesión 6. Conferencia elaborada por Frank David Bedoya Muñoz.  
Presentada en la Casa Museo Otraparte en Envigado el 27 de octubre de 2007.**

\* \*  
\*

Año 1815. Napoleón es derrotado en Waterloo. Las patrias bobas llegan a su fin, España envía un ejército de 10000 hombres al mando del general Pablo Morillo para “pacificar” sus colonias. Mucho antes de que llegara Morillo, por el levantamiento de los llaneros contra la causa patriótica y por las envidias y divisiones locales, Bolívar ha perdido su primera guerra de independencia y todo lo que había logrado en su Campaña Admirable, todo parecía perdido. Pero no. En el año 1815, un hombre deja su espada y con la pluma vuelve a encender el fuego de la revolución. Ya lo dije un día, en 1815 Bolívar le escribe a Suramérica.

Bolívar llegó exiliado a Jamaica en mayo de 1815 y estuvo allí hasta diciembre. Escribió alrededor de veinte cartas. La historiografía ha resaltado profundas e innumerables veces la Carta de Jamaica, pero poco o nada se ha relacionado ésta con las demás, que constituyen juntas la matriz de todo el pensamiento bolivariano. En estas cartas se encuentra el proyecto político de Bolívar, son el punto de partida para la acción y la base teórica fundamental de

sus obras posteriores. Todas las ideas del Manifiesto de Cartagena están reestructuradas en los escritos jamaquinos y a partir de allí, va apareciendo su obra y pensamiento.

Germán Carrera Damas presenta al Bolívar de 1815 como el guerrero “que emitió el claro mensaje de que había dejado de ser el espontáneo e improvisado aspirante a conductor supremo de la lucha por la independencia de las colonias españolas de América, revelándose como un analista político, y un posible estadista capaz de desenvolverse airoosamente en la maraña de los intereses activos en las relaciones internacionales.”<sup>1</sup> Efectivamente, Bolívar después de una nueva y más dura derrota, ya no va a actuar como un iniciado sino que va a hablar de Suramérica, como uno de los más lúcidos revolucionarios, que además deviene estadista que medita sobre las fuerzas del mundo en que vive y del mundo que está dispuesto a crear. En un año donde todo parece perdido, Bolívar va a devenir en el principal protagonista de una nueva fase en el proceso de emancipación continental suramericano.

En el año 1815, las palabras de Bolívar van a atacar definitiva y mortalmente al imperio español. Sí señores, las palabras de Bolívar van a dejar pequeños e inocuos a 10000 soldados españoles, que vinieron a perder su última empresa, pues que Suramérica ya no daría marcha atrás.

Quiero compartirles hoy, una parte de la selección y análisis que un día realicé<sup>2</sup> sobre las ideas que Bolívar escribió en Jamaica el año de 1815.

“Para llevar a cabo su proyecto de destrucción, España ha enviado nuevos refuerzos que acaban de llegar a la costa adyacente. Siendo su único objeto y sus solos esfuerzos la destrucción de los habitantes de la América del sur.” (Al Señor Editor de *The Royal Gazette*, 18 de agosto)

“Los suramericanos ya no temen sino la tiranía. Su espíritu se ha elevado. Las persecuciones de España les han dado la fuerza que necesitaban. Al amor a la patria, a las virtudes que no

---

<sup>1</sup> Germán Carrera Damas, *Casos de continuidad y ruptura, génesis teórica y práctica del proyecto americano de Simón Bolívar*, en: *Historia general de América Latina*, París, Ediciones Unesco, Editorial Trotta, 2003, p. 291.

<sup>2</sup> Frank David Bedoya Muñoz, *Bolívar le escribe a Suramérica*, Gimnasio Internacional de Medellín, 2006, p. 48.

podían adquirir bajo el régimen absoluto, se han unido en una profunda aversión a nuestros enemigos y en una terrible desesperación que casi siempre ha asegurado la victoria. Volvamos la vista sobre Venezuela, y veremos que sus habitantes casi aniquilados, sin armas y oprimidos, se levantan con tanta fuerza y violencia que, después de haberse adueñado de todas las provincias interiores, amenazan ya a atacar los puertos y arrojar a sus enemigos al mar, según las últimas noticias que hemos recibido. La Nueva Granada no se someterá a las tropas que comanda el general Morillo.” (Al Señor Editor de “The Royal Gazette”, 28 de septiembre).

Uno de los elementos más valiosos que ofrecen las cartas de 1815, es que en conjunto se constituyen como el más importante balance y proyección de la lucha emancipatoria para ese entonces. En dichas cartas encontramos diagnósticos y evaluaciones de las luchas militares ejecutadas hasta el momento, análisis de la compleja situación social y política de Suramérica, caracterizaciones psicológicas sobre la diversa población suramericana, peticiones de ayuda para la causa independista, tesis sobre el equilibrio necesario de la humanidad que sólo se daría a partir de la liberación de las colonias, descripciones detalladas de la dominación española en América, quejas por la despreocupación por la causa americana de las llamadas potencias liberales, caracterizaciones sociales de los pueblos suramericanos, hipótesis sobre el futuro político de las naciones Americanas, detalles sobre las capacidades políticas de nuestros pueblos para erigir sus gobiernos después de la independencia, propuestas políticas para la creación de una nación suramericana, planteamientos filosóficos y políticos que proclamaban la unión y una reformulación del concepto de libertad, y siempre los mejores signos de esperanza.

Uno de los primeros temas tratados en las cartas del período que estudiamos, es el balance sobre la condición de América en 1815. Bolívar no desestimaba los elementos negativos y adversos que se presentaban para la lucha de emancipación y la fundación de las naciones Americanas. En primer lugar, reconocía la imposibilidad de conseguir un consenso de las masas sobre el proyecto emancipador. Era más fácil sostener la lucha militar con los españoles que lidiar con las masas, que con justa razón ignoraban los beneficios o retos que les imponía una condición de libertad:

“La opinión de la América no está aún bien fijada, y aunque los seres que piensan son todos,

todos independientes, la masa general ignora todavía sus derechos y desconoce sus intereses.” (Al señor Maxwell Hyslop, 19 de mayo)

En segundo lugar, Bolívar brindaba una explicación extensa sobre nuestra débil condición para un ejercicio público de la política.

“La posición de los moradores del hemisferio americano ha sido, por siglos puramente pasiva: su existencia política era nula. Nosotros estábamos en un grado todavía más bajo de la servidumbre, y por lo mismo con más dificultad para elevarnos al goce de la libertad. Los estados son esclavos por la naturaleza de su constitución o por el abuso de ella. Luego un pueblo es esclavo cuando el gobierno, por su esencia o por sus vicios, huella y usurpa los derechos del ciudadano o súbdito. Aplicando estos principios, hallaremos que la América no sólo estaba privada de su libertad sino también de la tiranía activa y dominante. Se nos vejaba con una conducta que, además de privarnos de los derechos que nos correspondían, nos dejaba en una especie de infancia permanente con respecto a las transacciones públicas. Si hubiésemos siquiera manejado nuestros asuntos domésticos en nuestra administración interior, conoceríamos el curso de los negocios públicos y su mecanismo, y gozaríamos también de la consideración personal que impone a los ojos del pueblo cierto respeto maquinal que es tan necesario conservar en las revoluciones. He aquí por qué he dicho que estábamos privados hasta de la tiranía activa, pues que no nos era permitido ejercer sus funciones. Los americanos, en el sistema español que está en vigor, y quizá con mayor fuerza que nunca, no ocupan otro lugar en la sociedad que el de siervos propios para el trabajo, y cuando más, el de simples consumidores... Tan negativo era nuestro estado que no encuentro semejante en ninguna otra asociación civilizada, por más que recorro la serie de las edades y la política de todas las naciones. Pretender que un país tan felizmente constituido, extenso, rico y populoso, sea meramente pasivo, ¿no es un ultraje y una violación de los derechos de la humanidad?... Estábamos como acabo de exponer, abstraídos, y digámoslo así, ausentes del universo en cuanto es relativo a la ciencia del gobierno y administración del estado. Jamás éramos virreyes, ni gobernadores, sino por causas muy extraordinarias; arzobispos y obispos pocas veces; diplomáticos nunca; militares, sólo en calidad de subalternos; nobles, sin privilegios reales; no éramos, en fin, ni magistrados ni financistas, y casi ni aun comerciantes: todo en contravención directa de nuestras instituciones.” (Contestación de un americano meridional a un caballero de esta isla,

6 de septiembre).

Eran pues éstas las condiciones negativas para la construcción de una verdadera República, donde lo que predominaba era la ausencia de un verdadero e interiorizado espíritu de ciudadanía en cada una de esas personas acostumbradas sólo a obedecer. Por eso, no bastaba una victoria militar, y aquí la diferencia fundamental entre Bolívar y otros caudillos, que simplemente esperaban ocupar el lugar de los españoles. Una primera prueba de los principios ilustrados que soportaban la concepción sobre la libertad que tenía Bolívar, y el firme convencimiento de no querer, en ninguno caso, repetir o prolongar otro tipo de tiranías para América.

Este balance histórico de nuestras condiciones políticas es acompañado además de una especie de genealogía que pudiera explicar el origen de nuestras principales discordias, además de las circunstancias desfavorables que nos tocaron en suerte, en el juego de las políticas internacionales.

“Nuestras discordias tienen su origen en las dos más copiosas fuentes de calamidad pública: la ignorancia y la debilidad. España ha fomentado la una por la superstición, y perpetuado la otra por la tiranía. En el estado anterior de las cosas nuestra situación estaba reducida a una nulidad casi total. Vivíamos ajenos a todos los acontecimientos, que se cumplían, extraños a la contemplación del mundo político y separados de todo lo que pudiera, de algún modo, ejercitar nuestra inteligencia o dar valor a nuestras riquezas y nuestro poder. Los americanos del Sur han pasado a través de los siglos, como los ciegos por entre los colores, se hallaban sobre el teatro de la acción pero sus ojos estaban vendados, nada han visto, nada han oído. ¿Por qué? porque no podían ver la justicia y mucho menos oír la verdad. Además de esto fuimos abandonados por el mundo entero, ninguna nación extranjera nos ha guiado con su sabiduría y experiencia, ni defendido con sus armas, ni protegido con sus recursos... Nosotros no tenemos más armas para hacer frente al enemigo que nuestros brazos, nuestros pechos, nuestros caballos y nuestras lanzas. El débil necesita una larga lucha para vencer; el fuerte, como en Waterloo, libra una batalla y desaparece un imperio. Cuando los partidos carecen de autoridad, ora por falta de poder, ya por el triunfo de sus contrarios, nace el descontento y los debilita. Los Jefes subdividen la causa en tantas partes cuantos son ellos; y esto sucede, sobre todo, cuando sin acuerdo con una potencia extranjera que los obligue a

persistir en el sistema que ambos habían reconocido y obligádose a sostener. Como ninguna nación había entrado en tratos formales con nosotros ni en comunicaciones oficiales, no tenemos, en consecuencia, relaciones políticas que nos liguen con nación alguna. (Al Señor Editor de *The Royal Gazette*, 28 de septiembre.)

Sin embargo, no se trataba sólo de presentar tan desolador panorama. Bolívar seguía con la convicción y la esperanza de que la lucha iniciada no podía parar, con todo y adversidades América tenía que alcanzar su destino de libertad. Después del diagnóstico era necesario proyectar la reorientación y continuación de la lucha. De hecho, no podemos perder de vista que todas estas cartas escritas en el exilio, tenían un fin de propaganda y apelación. De esta forma Bolívar arremete a decirle al mundo, a decirle a Suramérica, lo que era urgente, lo que necesitábamos.

A pesar de las adversidades, luego de haber analizado la historia del saqueo por parte de los españoles, luego de llamar la atención al mundo sobre la necesidad de la libertad del hemisferio de Colón, Bolívar cambia de tono, y sus palabras se presentan más aguerridas, con todas las dificultades, así se haya derrumbado la segunda República, Suramérica ya había comenzado la lucha y era necesario no retroceder jamás. No dejan de ser pues las siguientes palabras, los sentimientos más hondos de orgullo y coraje, aquellos que se necesitaban para salir de la derrota.

“El velo se ha rasgado, ya hemos visto la luz, y se nos quiere volver a las tinieblas; se han roto las cadenas; ya hemos sido libres, y nuestros enemigos pretenden de nuevo esclavizarnos. Por lo tanto, la América combate con despecho; y rara vez la desesperación no ha arrastrado tras sí la victoria. Porque los sucesos hayan sido parciales y alternados, no debemos desconfiar de la fortuna. En unas partes triunfan los independientes mientras que los tiranos en lugares diferentes obtienen sus ventajas, y ¿cuál es el resultado final? ¿no está el Nuevo Mundo entero, conmovido y armado para su defensa? (Contestación de un americano meridional a un caballero de esta isla. 6 de septiembre)

Otro de los elementos valiosos de los escritos de 1815 es la caracterización de la Suramérica que se quería independiente. En mi concepto una descripción más sociológica que política. Toda una auténtica necesidad de Bolívar por dar respuesta a dos preguntas que se hacía:

¿Quiénes somos? y ¿Qué deseo yo para América?

¿Quiénes somos? He aquí pues una magistral descripción sociológica de los pueblos Americanos.

“Los más de los políticos europeos y americanos que han previsto la independencia del Nuevo Mundo han presentido que la mayor dificultad para obtenerla, consiste en la diferencia de las castas que componen la población de este inmenso país... De quince a veinte millones de habitantes que se hallan esparcidos en este gran continente de naciones indígenas, africanas, españolas y razas cruzadas, la menor parte es, ciertamente, de blancos; pero también es cierto que ésta posee cualidades intelectuales que le dan una igualdad relativa y una influencia que parecerá supuesta, a cuantos no hayan podido juzgar, por sí mismos, del carácter moral y de las circunstancias físicas, cuyo compuesto produce una opinión lo más favorable a la unión y armonía entre todos los habitantes, no obstante a desproporción numérica entre un color y otro. Observemos que al presentarse los españoles en el Nuevo Mundo, los indios los consideraron como una especie de mortales superiores a los hombres; idea que no ha sido enteramente borrada, habiéndose mantenido por los prestigios de la superstición, por el temor de la fuerza, la preponderancia de la fortuna, el ejercicio de la autoridad, la cultura del espíritu, y cuantos accidentes pueden producir ventajas. Jamás éstos han podido ver a los blancos, sino al través de una grande veneración como seres favorecidos del cielo. El americano del sur vive a sus anchas en su país nativo; satisface sus necesidades y pasiones a poca costa; montes de oro y de plata le proporcionan riquezas fáciles con que obtiene los objetos de la Europa. Campos fértiles, llanuras pobladas de animales, lagos y ríos caudalosos con ricas pesquerías lo alimentan superabundantemente, el clima no le exige vestidos y apenas habitaciones; en fin, puede existir aislado, subsistir de sí mismo, y mantenerse independiente de los demás. Ninguna otra situación del mundo es semejante a ésta: toda la tierra está ya agotada por los hombres, la América sola, apenas está encantada. De aquí me es permitido colegir que, habiendo una especie de independencia individual en estos inmensos países, no es probable que las facciones de razas diversas, lleguen a constituirse de tal modo, que una de ellas logre anonadar a las otras. La misma extensión, la misma abundancia, la misma variedad de colores, da cierta neutralidad a las pretensiones, que vienen a hacerse casi nulas. El indio es de un carácter tan apacible, que sólo desea el reposo y la soledad: no aspira ni aun a

acaudillar su tribu, mucho menos a dominar las extrañas: felizmente esta especie de hombres es la que menos reclama la preponderancia; aunque su número exceda a la suma de los otros habitantes. Esta parte de la población americana es una especie de barrera para contener a los otros partidos, ella no pretende la autoridad, porque ni la ambiciona, ni se cree con aptitud para ejercerla, contentándose con su paz, su tierra y su familia. El indio es el amigo de todos, porque las leyes no lo habían desigualado, y porque, para obtener todas las mismas dignidades de fortuna y de honor que conceden los gobiernos, no han menester de recurrir a otros medios que a los servicios y al saber; aspiraciones que ellos odian más que lo que pueden desear las gracias. Así, pues, parece que debemos contar con la dulzura de mucho más de la mitad de la población, puesto que los indios y los blancos componen los tres quintos de la población total, y si añadimos los mestizos que participan de la sangre de ambos, el aumento se hace más sensible y el temor de los colores se disminuye, por consecuencia. El esclavo en la América española vegeta abandonado en las haciendas, gozando, por decirlo así, de su inacción, de la hacienda de su señor y de una gran parte de los bienes de la libertad; y como la religión le ha persuadido que es un deber sagrado servir, ha nacido y existido en esta dependencia doméstica, se considera en su estado natural, como un miembro de la familia de su amo, a quien ama y respeta. Estamos autorizados pues, a creer que todos los hijos de la América española, de cualquier color o condición que sean, se profesan un afecto o fraternal recíproco, que ninguna maquinación es capaz de alterar. Nos dirán que las guerras civiles prueban lo contrario. No, señor, las contiendas domésticas de la América nunca se han originado de la diferencia de castas: ellas han nacido de la divergencia de las opiniones políticas, y de la ambición particular de algunos hombres, como todas las que han afligido a las demás naciones. Todavía no se ha oído un grito de proscripción contra ningún color, estado o condición; excepto contra los españoles europeos, que tan acreedores son a la detestación universal... Balanceada como está la población americana, ya por el número, ya por las circunstancias, ya, en fin, por el irresistible imperio del espíritu, ¿por qué razón no se han de establecer nuevos gobiernos en esta mitad del mundo? ¿En Atenas no eran los esclavos cuatro veces más que los ciudadanos? ¿Los campos de Esparta no los cultivaban los ilotas? ¿En todo el Oriente, en toda la África, en parte de Europa el número de los hombres libres no ha sido inferior al de los siervos? Obsérvese además la diferencia que existe entre los cautivos de la antigüedad y los miserables trabajadores de la América: aquéllos eran prisioneros de guerra, acostumbrados al manejo de las armas, mercaderes y navegantes ricos, filósofos profundamente instruidos,



que conocían sus derechos y todos sufrían impacientes las cadenas. Los modernos son de una raza salvaje, mantenidos en la rusticidad por la profesión a que se les aplica y degradados a la esfera de los brutos. (Al Señor Redactor o Editor de la Gaceta Real de Jamaica, septiembre)

### **¿Quiénes somos?**

“Nosotros somos un pequeño género humano; poseemos un mundo aparte; cercado por dilatados mares, nuevo en casi todas las artes y ciencias aunque en cierto modo viejo en los usos de la sociedad civil... Nosotros, que apenas conservamos vestigios de lo que en otro tiempo fue, y que por otra parte no somos indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles: en suma, siendo nosotros americanos por nacimiento y nuestros derechos los de Europa, tenemos que disputar éstos a los del país y que mantenernos en él contra la invasión de los invasores; así nos hallamos en el caso más extraordinario y complicado.” (Contestación de un americano meridional a un caballero de esta isla, 6 de septiembre)

### **¿Qué deseo yo para América?**

“Yo deseo más que otro alguno ver formar en América la más grande nación del mundo, menos por su extensión y riquezas que por su libertad y gloria. Aunque aspiro a la perfección del gobierno de mi patria, no puedo persuadirme que el Nuevo Mundo sea por el momento regido por una gran república; como es imposible, no me atrevo a desearlo, y menos deseo una monarquía universal de América, porque este proyecto, sin ser útil, es también imposible. Los abusos que actualmente existen no se reformarían y nuestra regeneración sería infructuosa. Los estados americanos han menester de los cuidados de gobiernos paternales que curen las llagas y las heridas del despotismo y la guerra.” (Contestación de un americano meridional a un caballero de esta isla, 6 de septiembre)

Sin perder de vista el hecho de que el proyecto político que sugiere Bolívar para Suramérica sólo logra madurarse y concretarse en el año de 1819, —pensamiento expuesto magistralmente en el Discurso de Angostura— vemos ya en las cartas que nos ocupan, escritas cuatro años antes, una unidad de pensamiento en toda su doctrina. Además de un mensaje valioso para el mundo venidero que se caracterizará por tener las más mezquinas

tiranías a causa de las ambiciones de los imperios.

“No soy de la opinión de las monarquías americanas. He aquí mis razones: el interés, bien entendido de una república se circunscribe en la esfera de su conservación, prosperidad y gloria. No ejerciendo la libertad imperio, porque es precisamente su opuesto, ningún estímulo excita a los republicanos a extender los términos de su nación, en detrimento de sus propios medios, con el único objeto de hacer participar a sus vecinos de una constitución liberal. Ningún derecho adquieren, ninguna ventaja sacan vencidos; a menos que los reduzcan a colonias, conquistas o aliados, siguiendo el ejemplo de Roma. Máximas y ejemplos tales, están en oposición directa con los principios de justicia de los sistemas republicanos; y aun diré más, en oposición manifiesta con los intereses de sus ciudadanos: porque un estado demasiado extenso en sí mismo o por sus dependencias, al cabo viene en decadencia y convierte su forma libre en otra tiránica; relaja los principios que deben conservarla y ocurre por último al despotismo. El distintivo de las pequeñas repúblicas es la permanencia, el de las grandes es vario; pero siempre se inclina al imperio. Casi todas las primeras han tenido una larga duración; de las segundas sólo Roma se mantuvo algunos siglos, pero fue porque era república la capital y no lo era el resto de sus dominios, que se gobernaban por leyes e instituciones diferentes. Muy contraria es la Política de un rey cuya inclinación constante se dirige al aumento de sus posesiones, riquezas y facultades: con razón, porque su autoridad crece con estas adquisiciones, tanto con respecto a sus vecinos, como a sus propios vasallos que temen en él un poder tan formidable, cuanto es su imperio, que se conserva por medio de la guerra y de las conquistas. Por estas razones pienso que los americanos ansiosos de paz, ciencias, artes, comercio y agricultura, preferirían las repúblicas a los reinos. (Contestación de un americano meridional a un caballero de esta isla, 6 de septiembre)

Éstas eran, pues, las palabras que nombraban el ánimo, la ambición y las ilusiones de Simón Bolívar en 1815; faltaba recorrer mucho camino para que este guerrero y pensador culminara su misión de libertad y para que finalmente se convirtiera en un fundador de naciones. Faltaba mucho más tiempo todavía para la desilusión y el derrumbamiento. Pero sin lugar a dudas fue este exilio Jamaicano de 1815 un punto medio en su vida, el gran medio día, la cúspide de la elaboración de un proyecto para la libertad.

## **Comienzo de la Segunda guerra de independencia bolivariana**

Bolívar se encuentra en Jamaica sin dinero, ni para sus gastos más básicos y mucho menos para emprender una nueva empresa de liberación. Así que mientras escribía comenzó a buscar recursos en el Caribe para poder iniciar una vez más. Dicha ayuda la encontró en el presidente de Haití Alexandre Petión, un mulato profundamente liberal. Éste le proporcionó a Bolívar seis goletas cargadas con armas y municiones y con esta ayuda el libertador vuelve a entrar en acción.

En primer lugar trató de tomar la localidad de Carúpano y fracasó, luego Ocumare y pasó lo mismo, y todo esto en parte porque muchos compatriotas le eran hostiles en esas regiones y no le brindaron ayuda, las municiones que llevaba en estos fallidos intentos se estaban acabando. Sin embargo no todo era malo, le llegaron noticias de que se habían establecido en Venezuela tres puntos de resistencia: Arismendi en Margarita, José Antonio Páez en el Apure y Cedeño en Guayana. Pidió entonces más ayuda a Petión y volvió a intentar llegar a Venezuela y exhortar a los patriotas que se unieran para comenzar un buen foco de revolución. Pero no le fue fácil, hasta un grupo de indígenas ubicados en la costa lo rechazaron. No pudo tomar una buena posición y los hombres de Morillo estaban al acecho. Decidió entonces dirigirse hacia el Oriente, donde se encontraban Manuel Piar y José Antonio Páez. Con una pequeña escolta llegó a Guayana el 2 de abril de 1817. Las relaciones con Piar desde el comienzo no fueron buenas pues ambos tenían una posición distinta de cómo se deberían llevar las cosas. Finalmente Piar se adaptó a la voluntad de Bolívar pero aún con mucho recelo.

El plan de ofensiva fue rápido. Bolívar concibió una concentración de fuerzas entre Angostura y Guayana, logra su objetivo y finalmente por fin constituye el Ejército del Orinoco. Entre tanto Morillo ha terminado de “pacificar” a la Nueva Granada y se dispone a iniciar la campaña en Venezuela. En Guayana Bolívar tuvo que afrontar la enemistad manifiesta de Manuel Piar. Finalmente Piar inició una intriga desleal, tratando de producir un levantamiento de las gentes de color, acusando a Bolívar de haberlo destituido. Los sucesos dieron lugar a un Consejo de Guerra y Piar fue fusilado. Hecho lamentable pero que le dio un poco de tranquilidad Bolívar para seguir organizando su ejército con los llaneros. Se autorizó y se consolidó y por fin pudo alistar un ejército de 5000 hombres para comenzar la ofensiva. Pero,

una vez más encontró un nuevo obstáculo, Páez también comenzó a desobedecer y entorpeció la campaña. Todos estaba rodeado de españoles, Bolívar sólo tenía dominio de la Guayana.

A pesar de las dificultades Bolívar navegó el Orinoco hacia Angostura con el ánimo de constituir un Congreso para crear un poder público de gran solidez, que tendría que garantizar la estabilidad política, social y económica. Era paradójico que sin haber expulsado aún a los españoles, se constituyera un Congreso, menos aún cuando no se tenía la ventaja militar, pero Bolívar ya sabía que si no se creaba un orden político que organizara el escenario para la creación de la República, los intentos de las armas estarían sin soporte alguno y no tendrían un norte. Así que en medio de la desesperación Bolívar va a crear una nueva realidad, comienza a dar los fundamentos para la creación de un República. En las aguas del Orinoco iba escribiendo y preparando su mejor discurso. El de Angostura.

La segunda guerra de independencia había comenzado, no con muy buenos resultados al principio, pero la suerte estaba decidida a favor de Suramérica, faltarían unos meses para las campañas de Boyacá y Carabobo, episodios que analizaremos en la próxima conferencia, se anunciaba pues el nacimiento de una República. En las aguas del Orinoco venía un hombre que al mismo tiempo planeaba una guerra, y sin esperar el desenlace de la contienda ya estaba creando una nación.